

Sin nietos
Historia de una maternidad perdida

Marta Aguilar



Plataforma Editorial
Barcelona

Primera edición en esta colección: mayo de 2008

© Marta Aguilar, 2008

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2008

Plataforma Editorial

Plaça Francesc Macià 8-9 - 08029 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 - Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 27.796-2008

ISBN: 978-84-96981-18-8

Printed in Spain - Impreso en España

Diseño de cubierta y composición:

Rubén Verdú y **peepingmonster**

www.peepingmonster.com

Impresión:

Romanyà-Valls; Verdaguer, 1 - Capellades (Barcelona)

www.romanyavalls.es

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

1. Una señal	9
2. No me puedo quejar	15
3. Susanita	18
4. El gran momento	28
5. Llegar a tiempo, llegar temprano, llegar tarde	45
6. Segundo marido	57
7. La doctora Arriaga	68
8. Diagnósticos, mudanzas y tratamientos	87
9. La habitación-Los diarios	97
10. La renuncia	103
11. A veces lo miro	115
12. La historia	126

Una señal

Fue una noche muy larga y muy corta. Era la última noche en la que yo podía estar con mi hijo. Yo no quería que pasaran las horas y hay que ver con qué prisa pasaban. Las vi transcurrir en mis narices contadas por minutos. Cada vez llevaba más tiempo embarazada y cada vez me quedaba menos tiempo de estarlo. Me aferraba a mi tripa y nos consolaba, a mi bebé y a mí, pensando que sería por una causa justa.

—Tiempo habrá de que otro bebé llegue en un momento más propicio —nos decía.

Pero yo no quería ningún otro bebé. Ya llevaba semanas hablando con éste y cualquier otro sería otro... y no ese preciso bebé, con quien ya me había familiarizado, con quien ya había empezado

a hacer mi propia familia. No sé a qué se refieren los entendidos cuando hablan de un embrión o de un feto. Ese era mi hijo, mi bebé y, además, era niña.

«Podemos levantarnos sin hacer ruido, podemos hacer las maletas (¿dónde estarán guardadas las maletas en esta casa que no conocemos?).»

«Podemos pedir un taxi (¿cómo se pedirá un taxi en Nueva York?). Le decimos que nos lleve al aeropuerto y tomamos el primer avión.»

En todos los aeropuertos hay un primer avión dispuesto a rescatar a los desamparados, a los que han perdido el norte o la razón. ¿Con qué dinero pagamos el taxi? ¿Cómo pagamos el pasaje en el primer avión?

Mañana. Mejor mañana, cuando amanezca. Ahora vamos a estar juntas, vamos a hablar, vamos a conocernos y esta misma noche nos despedimos. No, no vamos a tener que despedirnos. Te prometo que mañana, en cuanto tu padre se despierte le decimos que no podemos despedirnos.

¿Y si no estuviera embarazada? ¿Quién me iba a decir que yo pudiera llegar a desear no estar embarazada? Puede que haya sido un falso positivo, puede que no esté embarazada y que no tenga que dejar de estarlo, puede... ¿Y si resulta que sí estoy embarazada y que tengo que abortar mañana por la mañana? Sólo tendré que esperar dos o tres años para tener otro bebé. No será tanto tiempo,

tres años. ¡Tres años! ¡Con lo que tarda en pasar el tiempo! ¡Tres años son un desierto sin horizonte! ¿Quién seré yo dentro de tres años? Rompí a llorar. ¿Cómo voy a desprenderme de este bebé después de tantos meses esperándolo? ¡Este es mi bebé!

¿Por qué Bernardo no nos defiende? ¿Por qué no entiende que tú eres también su bebé? Si él sabe lo importante que eres para mí, ¿por qué no se comporta como los animales y defiende a su hembra y a su cría?

¿Y si tiene razón? ¿Qué vamos a hacer nosotros, tan jóvenes, con un bebé? Es verdad que no tenemos trabajo. Es verdad que no tenemos más casa que mi casa. No es nuestra casa, pero la verdad es que allí siempre habrá sitio y comida para uno más.

¡Mi abuela se pondrá contentísima de verte nacer y de tenerte entre sus brazos! ¡Te va a encantar tu bisabuela! Te va a mimar, y con sus manos viejitas y prodigiosas, hará lazos de todas las formas y colores para adornar tu pelo.

Mi abuela no quiere a Bernardo «porque es muy feo», dice. Ella tiene la facultad de ver a la gente por dentro y desde el principio sabía que Bernardo «era muy feo». En cualquier caso, aunque fuera también hijo de Bernardo y saliera «muy feo», ese niño sería el hijo de su nieta más querida y lo adoraría. Y además, con este bebé, que empieza a ser lo más importante de mi vida, yo podré retribuir,

en una mínima medida, todo lo que he recibido de esa otra persona más importante de mi vida.

«Está decidido. Pase lo que pase, mañana no iremos a esa clínica.»

Está amaneciendo. Yo no he podido convencerme de que quiero abortar. Vuelvo a explicarle a mi niña que no podemos ser egoístas, que hay millones de personas maltratadas en el mundo, hambrientas, trabajando en condiciones inhumanas. Me repito que un sacrificio como el nuestro no es demasiado importante si lo comparamos con los beneficios que traerá a la humanidad el que Bernardo pueda llevar adelante su misión en la organización política en la que milita. A fin de cuentas, somos una sola mujer con una sola hija, y eso es muy poco comparado con toda la humanidad.

Pero resulta que esa mujer soy yo y que esa niña es mi niña. No, no quiero abortar. En cuanto Bernardo se despierte le digo que mañana tomamos el primer avión y que nos vamos a mi casa a tener a la niña, quiera él o no.

¿Cómo voy a volver a mi casa con diecinueve años y una niña, sin trabajo, sin saber hacer nada útil? Será el bebé de todos, será como mi sobrino mayor, que creció en mi casa sin poder definir muy bien su estatus. No importa, crecerá como él, sin saber si era el hijo menor de mi madre o su primer nieto. Si es el hermanito o el sobrino de mis hermanos pequeños. Me da igual, nacerá, crecerá,

y eso es lo único importante. Que espere la humanidad, que la cambien otros, que la cambien los que todavía no tengan niños.

Con esa convicción dejé de llorar. No permitiré que nadie se acerque a hacerle daño a mi bebé.

Ya amaneció. Es febrero y hace muchísimo frío. No tomé el primer avión ni me enfrenté a Bernardo. Estoy temblando y no sé si es el miedo o es el frío. Hoy me asusta todo. Todavía no son las ocho de la mañana, está oscuro, nos vamos en metro a la clínica. Yo voy entregada, caminando lento, en silencio, con la cabeza baja, como caminamos los condenados a muerte. Hora punta en Nueva York. El metro está hasta arriba de gente, yo estoy ahogada, no puedo respirar. Le pido a Bernardo que me saque de allí. No sé si me escucha y yo no me atrevo a levantar la voz. No he parado de llorar, las lágrimas me corren solas. Nadie sabe porqué lloro, nadie sabe que lloro. La gente no me deja respirar, el dolor no me deja vivir. No quiero estar allí y me voy. Me hubiera podido morir o hubiera podido tomar ese primer avión, pero me voy de la única forma que tengo a mi alcance: pierdo el conocimiento. Hay tanta gente que a pesar de haberme desvanecido, sigo de pie y sólo Bernardo se da cuenta de que estoy desmayada.

No sé cuanto tiempo transcurrió entre mi último pensamiento y el siguiente, sólo sé que no fueron tres años, porque cuando me desperté, estaba

en un banco cualquiera de una estación cualquiera del Metro de Nueva York a muchas estaciones de casa, y a muchas estaciones de la clínica. Bernardo me cuenta lo que acaba de pasar.

—Te desmayaste y tuve que sacarte en vilo del vagón del metro.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—No sé, mucho. Tenemos que darnos prisa porque vamos a llegar tarde.

—¡No, no tenemos que darnos prisa, al contrario! ¡Esto es una señal! —le grité—. ¡Todavía estamos a tiempo!

—No estamos para tonterías de señales. ¿Estás mejor? ¿Puedes tenerte en pie? Pues date prisa que nos vamos en taxi.

No estoy en la clínica de abortos, sino en un milagroso rincón protector de Nueva York, no debo hacerlo.

—Esto es un signo, Bernardo, una señal. Esto significa que no podemos hacerlo. Yo debo tener a mi bebé.

—No insistas. Ya lo habíamos hablado. Tenemos que darnos prisa o llegaremos tarde.

—¿No entiendes que si me desmayé en el metro fue precisamente para poder llegar tarde y no tener que hacerlo? ¿No lo entiendes? Si está clarísimo. ¿Tú no ves que esto es una señal?

No me puedo quejar

Tengo sesenta años y casi ningún derecho a reclamarle nada a la vida. Crecí en medio de una familia numerosa, exagerada, deliciosa. Una familia que hizo de cada uno de sus participantes un personaje del que todos los demás podemos sentirnos orgullosos. No me puedo quejar.

No me puedo quejar. Conservo intacta la amistad de un grupo nutrido y variopinto de amigas. Amigas de todas las edades, de todas las procedencias y colores. Amigas para todas las ocasiones, con las que sé que cuento y que saben que cuentan conmigo a ciegas. No me puedo quejar.

No me puedo quejar. He sido amada, muy amada. A veces con ese ímpetu que daña, el mismo ímpetu con el que los niños rompen el papel cuan-

do dibujan. He sido amada también con suavidad, con veneración. He sido querida como una mujer, amada como una hembra y mimada como una niña pequeña. He sido amada con tozudez, con una determinación que ignoraba cualquier posibilidad de fracaso. He sentido la admiración del hombre que comparte mi vida, y me ha demostrado su amor en los momentos más peligrosos. También he sido amada en silencio, a distancia, lo sé. No me puedo quejar.

No me puedo quejar. He escuchado más de una vez la frase mágica «Tú eres la mujer de mi vida». Y aquella otra que la refrendaba: «¿Quieres casarte conmigo?». No necesariamente pronunciada por la misma persona. No me puedo quejar.

No me puedo quejar. Profesionalmente, mi éxito no ha sido fulgurante, pero a estas alturas puedo afirmar que es indiscutible. Fui una estudiante mediocre y todavía me pregunto cómo he logrado ser una profesional destacada. He llegado mucho más lejos de lo que cualquiera de mis profesores, y ni yo misma lo hubiera podido imaginar. No me puedo quejar.

No me puedo quejar. Desde que tengo memoria me gusta leer. Esa pasión me hizo crecer por precoz, me hizo creer que los seres más elevados eran aquellos capaces de escribir historias que otros podían leer. Así que desde los siete años decidí ser escritora. Del «kit» de escritora que tenía en

mi cabeza: máquina de escribir, cenicero, tabaco, gafas, termo con café, resmas de papel, etc., en el momento de mi solemne decisión de ser escritora sólo pude hacerme con una papelería. Empecé a escribir mis obras completas en libretas, cuadernos y servilletas. Muchas veces me reí de mí misma por pretender tan alta distinción. Sin embargo, he logrado compaginar mi profesión con la escritura, y hay incluso quien me paga por ello. No me puedo quejar.

No me puedo quejar. Me he equivocado mucho, con frecuencia he sido torpe y he conseguido equivocarme varias veces en el mismo terreno. Me he caído, me he golpeado y siempre hubo una mano que me ayudó a levantar la cabeza. Ante mis muchos errores, siempre hubo alguien dispuesto a perdonar y a comprender. No me puedo quejar.

Y sin embargo, me quejo.

Me quejo porque a pesar de todo lo que tengo, nunca podré tener nietos. Hice todo cuanto estuvo a mi alcance para tener mis propios hijos y no me fue posible. Me quejo. Aunque más que la historia de una queja, este libro será la historia de mi dolor, de un dolor que no cesa y que no puede rellenarse con nada.

No.

Me puedo quejar.